

Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario C
2R 5, 14-17; Sal 97; 2Tm 2, 8-13; Lc 17, 11-19

Y sucedió que, de camino a Jerusalén, pasaba por los confines entre Samaria y Galilea, y, al entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a distancia y, levantando la voz, dijeron: « ¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!» Al verlos, les dijo: « Id y presentaos a los sacerdotes.» Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. Uno de ellos, viéndose curado, se volvió glorificando a Dios en alta voz; y postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias; y éste era un samaritano. Tomó la palabra Jesús y dijo: « ¿No quedaron limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?» Y le dijo: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado.»

La semana pasada el evangelio nos ponía de manifiesto que la fe sin obediencia no tiene ningún sentido, porque la fe no solamente es una adhesión a una doctrina sino que es la participación-uniión a la persona de Dios en Cristo, participación que se suscita en la vida del creyente por una manifestación o encuentro concreto con el Dios de la vida. En las lecturas del presente domingo el tema de la fe viene a completar lo que ya la liturgia de la semana pasada nos revelaba, es decir lo que verdaderamente significa la fe.

En la primera lectura el pasaje de Naamán el sirio, sanado de la lepra por el Profeta Eliseo, nos hace ver primero la negativa y enojo del sirio, que no quiere obedecer la orden de Eliseo de bañarse siete veces en el Jordán para curarse de la lepra, pero que ante el consejo de sus siervos obedece al profeta, luego de lo cual queda curado, en este caso no propiamente por su fe, sino como resultado y en virtud de la obediencia. Es necesario sin embargo poner de manifiesto que el Señor se sirvió de este milagro para atraerlo a la fe, que es un don mucho mayor que la salud del cuerpo. Entonces se produce la segunda curación, la que realmente Dios nos quiere regalar a través de los milagros, la curación interior del sirio, que se llena de admiración, no por el poder del profeta de hacer milagros, sino por la fuerza del propio Dios, lo cual le lleva a manifestar: «...Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel...», así expresa su admiración al comprobar que se encontraba sano de la terrible enfermedad, y en adelante sólo quiere adorar al Dios del profeta Eliseo y como señal de su adhesión a esta nueva fe –a la cual llega por este acontecimiento-, se lleva tierra del lugar para hacer sobre ésta sus holocaustos.

En el evangelio San Lucas nos presenta a Jesús dirigiéndose a Jerusalén en donde: «...vinieron a su encuentro diez leprosos...», nueve judíos y uno samaritano. La enfermedad y la miseria reúne a estos hombres que no podían habitar dentro de las

ciudades y estaban obligados a vivir solos. Este sufrimiento es el que los pone en la búsqueda, porque cuántas veces el sufrimiento es lo único que despierta y encamina al hombre a salir de la rutina en que vive; así estos leprosos están dispuestos a hacer cuanto sea necesario para recobrar la salud. A gritos, ya que no pueden hacer más que gritar pidiendo auxilio, suplican a Jesús que los cure, habiendo oído hablar de sus milagros ellos le salen al encuentro. Luego, Jesús les manda al sacerdote, al representante de la religión, para que testifique oficialmente la curación y puedan volver a formar parte del pueblo. Esto porque para los judíos enfermos el rito litúrgico prescrito en la ley es decisivo siendo que atribuyen toda la gracia de la curación a la ceremonia prescrita. Aquí sucede como a muchos de nosotros creyentes, que consideramos que cumplir las prácticas es el auténtico centro de la religión y olvidamos completamente la gracia recibida de Dios, gracia que es el punto de partida e inicio de vida de gracia en la Iglesia. Tendrá que ser un extranjero (un samaritano), es decir, alguien no familiarizado con la tradición, el único que perciba la gracia como tal, siendo que mientras va de camino al notar su curación, vuelve para dar las gracias a Cristo, quien ha venido para salvarnos, para rescatarnos y por eso las palabras de Cristo: «...tu fe te ha salvado...» por consiguiente este leproso no solamente es curado sino que es salvado.

La fe en Cristo no solamente significa la certeza de que Dios cura, sana y salva, sino que ante todo Dios cura la naturaleza del hombre y la recrea, hace un hombre nuevo con un corazón capaz de amar al enemigo, de no defenderse ante la injusticia, porque sabe que Dios es quien hará justicia, un hombre que apoyado en Dios es capaz de aceptar el sufrimiento porque ha vencido a la muerte en Cristo, que es nuestra vida. De allí el verdadero sentido de la curación de los diez leprosos, como lo describe el evangelista, que no en vano menciona esta enfermedad, pues en la Biblia se nos presenta la lepra –que es una enfermedad que va degenerando progresivamente el cuerpo del hombre–, como un mal que no lleva a la muerte inmediatamente, pero que sí es una muerte progresiva en el sentido existencial y, la muerte existencial es más terrible que la física, por eso Cristo le dice «...tu fe te ha salvado...».

La actitud del samaritano, que regresa a dar gracias a Dios postrándose delante de Cristo, es una actitud que está significando el reconocimiento y la aceptación de Cristo como el Señor, el Salvador. En este sentido, la fe del creyente se traduce en una acción de gracias ante la experiencia de la intervención de Dios en su vida. La fe para Jesús no significa vivir en un cumplimiento de normas religiosas, sino significa vivir abiertos a la acción de Dios en nuestra vida. Esta pequeña historia que propone Lucas a través de la curación del leproso samaritano, que es el único que regresa a dar las gracias tiene un sentido aún mayor, porque está significando el itinerario de la conversión y de la salvación. Comentando este pasaje del evangelio San Agustín dice: «...Te amaré, Señor, y te daré gracias y confesaré tu

nombre por haberme perdonado tan grandes y tan nefandas acciones mías...»
(Confesiones 11, 7).

Entonces el evangelio y la primera lectura de esta semana al remarcar el hecho milagroso de la curación de los leprosos, nos están revelando a Dios Salvador, y que la fe no solamente es un acto de adhesión a la Palabra de Dios que se revela, sino que este acto de adhesión y de obediencia a la Palabra de Dios hará que esta Palabra se encarne en nosotros; de este modo si acogemos la Palabra obedientemente, ella cumplirá su misión y será fecunda en nuestra vida. La misión, de esta Palabra de Dios, que se ha hecho carne en Cristo, es llevarnos de retorno con el Padre a través de la conversión y la reconciliación en nuestra vida.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar